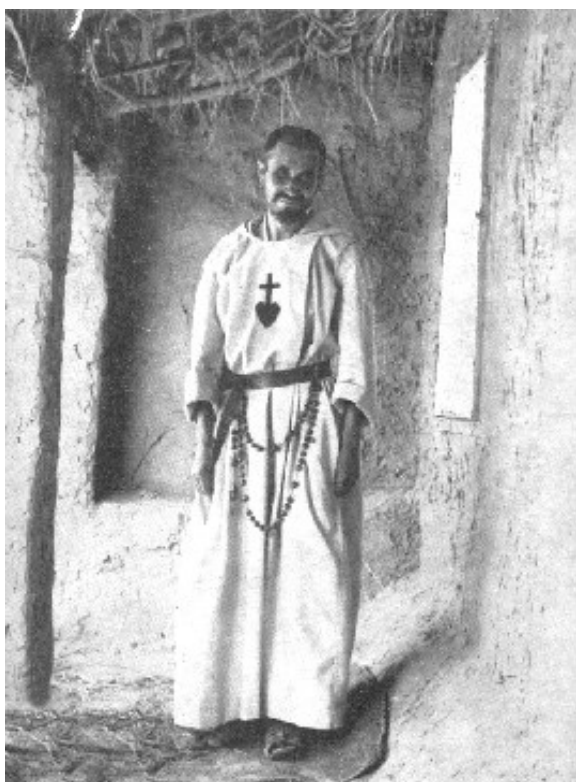


Vivir como "el hijo del carpintero José"

Por MAYTÉ DE JESÚS

Nuestra congregación, Hermanitas y Hermanitos de Jesús, tiene su origen dentro de la Familia Espiritual del Padre Charles de Foucauld, que para nosotros es el hermano Carlos de Jesús. En su camino de fe y en su necesidad de asemejarse a Jesús, este hombre quedó impactado por el hecho de que nuestro Señor fue uno de tantos de los que vivió en Nazaret en su época, y que, además, se le conocía como "el hijo del carpintero José". Cuánto sentido cobró entonces para él caminar por las calles por donde caminó Jesús; permanecer atento a la vida de cada día en cada gesto al igual que Él y trabajar para ganarse el pan como lo había hecho nuestro Señor.



Padre Charles de Foucauld, que para la Congregación es el hermano Carlos de Jesús.

De esta experiencia de fe tan honda es que proviene nuestra necesidad como religiosas consagradas de ganarnos nuestra vida, y es así que, desde los comienzos, nuestra congregación se declaró inserta en el mundo del trabajo. Para la década del 40, del pasado siglo, aparecieron las primeras hermanitas obreras que trabajaban en fábricas, quienes asumían la condición de tantas mujeres a las cuales no les eran dadas muchas alternativas para elegir.

En la Fraternidad de las Hermanitas de Jesús ya alcancé a vivir ocho años. A lo largo de este tiempo he tenido la experiencia de trabajar en una escogida de tabaco, en un despalillo y en una imprenta. La experiencia en el tabaco fue muy bella y a la vez exigente. La belleza la puedo entregar mediante la vivencia de que yo no conocía para nada el tabaco y sus "20 mil" secretos. Fueron mis compañeras de trabajo las que día a día me entregaron su conocimiento, atesorado a lo largo de los años desde que eran unas muchachitas. Así, de pronto, en dos años también yo era una concedora del tabaco.

De otra parte nosotras, todas las hermanitas que trabajamos en la escogida, hemos sido testigos de que las compañeras más lentas eran ayudadas al final del día por las más livianas, para que pudieran cumplir la norma y no perdieran el derecho a la divisa del mes. También es importante destacar que la escogida es el lugar de todos, aún de aquellas personas con deficiencias mentales, las que en otro centro de trabajo no tendrían cabida por la falta de un trabajo manual. No crean que todo esto se nota al llegar, hace falta permanecer y educar nuestra mirada.

La exigencia del tabaco se encuentra, entre otras, en la rudeza de las condiciones de trabajo. Por ejemplo, en el verano, en el despalillo se tienen que cerrar las ventanas obligatoriamente pues el más mínimo golpe de viento puede deshacerle a una el trabajo de todo el día y esto, unido a una

alimentación escasa y de mala calidad, hacen que la jornada se torne muy pesada.

Ciertamente el balance que hago de este tiempo compartido es muy positivo. El mundo obrero, que siempre se ha calificado como un mundo rudo, tiene razón para serlo pues la mayoría de las veces el trabajo que se realiza y las condiciones en que se desarrolla el mismo son duras. En él no faltan las jaranas pesadas, ni ese espíritu que a todos nos habita de “el vivo vive del bobo”, siempre que se pueda; pero también está lleno de pequeños gestos de bondad como ir a visitar a una compañera de trabajo que ha sido operada y llevarle un mazo de habichuelas y escuchar que le dicen: “...perdóname Luisa porque no tenía nada más...”.

Ser testigo de muchas experiencias como esta me permite afirmar que en estos años de contacto con el mundo obrero he recibido muchísimo, me he humanizado, he crecido como persona y realmente todo esto me permite decir que soy una mujer consagrada a Dios, plenamente feliz.